



La sombra del Caballero.

BALADA.

A LUIS DE EGUILAZ.

Encabeza este artículo una copia del cuadro mas notable de William Collins que es una balada en el pincel.

Dos niños de una aldea cansados de correr por las lindes de los centenos, sin otro afán que cazar mariposas ó celando pájaros adivinar sus nidos, van á abrir la rústica portilla que da entrada al prado para poner con las manos presas de arena al reluciente arroyo que se arrastra sin cauce tan jugueteo como ellos; pero en el recodo que al llegar á la portilla forma el camino se presenta de pronto una sombra que avanza y ante la cual su atención se fija, obligándoles á dirigir los ojos hacia el cuerpo que la proyecta.

Es la sombra de un caballero.

La miran los dos niños con temor y alegría.

El temor que infunde siempre la superioridad.

La alegría de la curiosidad satisfecha.

Un caballero se dicen para sí, ¡quién fuera él!

— Tiene espada y espuelas.

— ¡Quién fuera él!

— Será valiente é irá á la guerra.

— ¡Quién fuera él!

— Ó vendrá de la guerra. No que va muy contento.

— ¡Quién fuera él!

El ginete camina abandonado á su caballo que lleva buen paso como si conociese los pensamientos de aquel.

Es joven el caballero, de esbelta apostura, por el traje revela ser principal, sus hermosos ojos brillan como en el combate; pero les falta la dulzura de la tranquilidad; quizá están en lucha sus ideas.

Queda la prenda de su corazón en la ventana del castillo que acaba de dejar, y ya no alcanza á ver el pañuelo blanco que se agita en señal de despedida, pero que al flotar en el aire se vuelve formando círculos hacia el castillo como para llamarle hacia él. Va á la guerra para comprar quizá con la muerte tan solo un triste recuerdo para los suyos. Le hace falta acreditar la primera cualidad del amor propio del hombre. Su valor cree que le hará regresar con un título ilustre á los brazos de su amada. Sueña el joven caballero con el estruendo del combate y los deliciosos paseos por la alameda llevando del brazo el suave y torneado de la que lleva en el alma; sueña con volver victorioso precedido de clarines y rodar por el cerro herido ya y arrollado por la caballería enemiga.

Al ver á los niños que arrimados á la portilla le contemplan palpita dulcemente su corazón.

— Dichosos ellos, dice, que respiran el aire que ella respira.

— Dichosos ellos, que viven en amistad con las flores y los pájaros.

Se para el caballero para dar el último adiós á su amada.

Tiemblan los niños.

Repuestos un tanto del susto abren precipitadamente la portilla y echan á correr por el prado.

Al girar aquella, los goznes de madera que la sujetan forman un sonido que parece una queja, y al caer da un fuerte golpe en el tronco en que encaja.

La primera traspasa de dolor el corazón del ginete, el segundo espanta al caballo que parte á galope.

Dichosos ellos, va diciendo el caballero.

¡Quién fuera él! exclaman los niños que se han quedado inmóviles al verle partir.

EDUARDO GASSET.

40 DE FEBRERO DE 1856.

EL CONVENTO DE S. FRANCISCO EN ORENSE.

D. Pedro Yañez de Novoa, chantre de la Santa Iglesia catedral de Orense, fué electo obispo de esta diócesis en el año de 1276, á la muerte de D. Juan Diaz; proponiéndole el cabildo á Su Santidad como el único sugeto capaz de reformar los graves abusos de las órdenes religiosas, y especialmente de los regulares de S. Francisco recientemente establecidos en la ciudad. Era el electo persona de carácter violento y poco sufrido, y tenía á su lado dos sobrinos de condicion fiera y de valerosa audacia; y así todos los que habían adquirido una prepotencia indebida en la poblacion temieron que el nuevo prelado, ya por sí mismo, ya auxiliado por sus parientes, adoptara medios de rigor propios para ordenar los asuntos públicos y para dirigir á los disidentes religiosos. Conocieron estos prontamente cuánto daño podria causarles un obispo tal como D. Pedro, y se dedicaron á impedir su confirmacion, á cuyo efecto enviaron comisionados á Viterbo y á Roma, en donde residieran entonces los papas Juan XXI y su sucesor Nicolás III, y á la corte de D. Alonso X, que á la sazón gobernaba el territorio de las coronas de Castilla y de Leon.

Hallábase el Pontífice Juan gravemente ocupado en sosegar algunos estados de la Iglesia, harto turbados por las diferencias entre el poder eclesiástico y el temporal, y no le fué posible prestar atencion á la causa de preconizacion de D. Pedro Yañez; dejando aquel papa sin resolver este punto cuando falleció en 19 de mayo de 1277.

Trataba el célebre monarca autor del código de las *Siete Partidas* de asegurar la herencia de sus hijos menores habidos en Doña Violante, hija de D. Jaime I de Aragon y hermana de Don Pedro III, y al efecto queria separar á los infantes Pedro, Juan y Diego de su hermano mayor D. Sancho, cuya ambicion temia; y esta fué la razon de que no tomara calor en el asunto de la confirmacion de Yañez de Novoa para obispo de Orense.

La vacante por estas consideraciones se prolongaba, puesto que si bien habia prelado electo no llegaba su eleccion á ratificarse por la Santa Sede; y en este estado de cosas los abusos iban en aumento, los ánimos se enconaban, y las malas pasiones tomaban cuerpo. Los partidarios del chantre insultaban con frecuencia á los mendicantes franciscanos, apellidándolos con los nombres mas ofensivos; y estos religiosos devolvian las injurias, y tenían á su devocion otro partido poco menos numeroso y casi tan osado como el de los canónigos. Era de temer una pronta colision entre los dos bandos, tanto mas cuanto que los sobrinos de Yañez de Novoa agitaban á sus secuaces y los excitaban á tomar una venganza decisiva. Presagios funestos turbaban el reposo de los habitantes pacíficos de la capital y de la diócesis, y tenían afligidos á los hombres de prudencia y de juicio.

La excision armada tuvo por fin lugar, comenzando en 1279; y aunque bien aconsejado D. Pedro la anatematizó saliéndose de la poblacion y marchando á Roma á activar el negocio de su preconizacion, sin embargo no se puso fin á la lucha, sostenida por los dos sobrinos, que se dieron á perseguir á los franciscanos y á todos sus afiliados de un modo cruel y sanguinario. Los atacados procuraron rechazar la fuerza con la fuerza; y la guerra empezó á producir sus tristes y naturales consecuencias de horror y de desgracias.

Inútilmente varones piadosos procuraron apaciguar aquel alterado y tormentoso mar, haciendo á cada uno de los contendientes cargos severos y juiciosas observaciones; porque ciegos y desatentados unos y otros turbulentos solo trataban de ofenderse, no cuidándose del bien público, ni de lo que debian á su profesion y á su clase. La guerra puede decirse que se hacia de una parte por el clero secular y de otra por el clero regular; de modo que los individuos que por sus votos y juramentos debian dar el ejemplo de resignacion y santidad, provocaban los mayores escándalos é irrogaban notorios y trascendentes perjuicios.

Al cabo, la llegada en 1281 de un legado del papa Martino IV, que habia sucedido en 22 de febrero de aquel año á Nicolás III, quien era portador de órdenes severas para poner fin á la guerra eclesiástica de la diócesis de Orense y á la vez para ente-

rarse de la conveniencia ó inconveniencia de colocar en la silla episcopal á D. Pedro, calmó la tempestad asoladora que pesaba sobre los *aurienses*, y dió esperanzas de que pudiera venirse á un acomodamiento racional y prudente. El legado inquirió las causas y motivos de la oposicion de los frailes á la confirmacion del obispo electo, se informó de la conducta y de las circunstancias de este, tomó noticia de las pretensiones de los franciscanos, y oyó cuanto convenia saber acerca de los móviles é intereses que sostenian la division. Concedor de todo cuanto debia averiguar partió para Roma en fines de 1284.

Esperaban los orensanos pronto remedio en sus cuitas; y así hubiera sin duda acontecido si la muerte no se apoderara del pontífice Martino en 28 de marzo de 1285; mas este suceso, que motivó la eleccion de Honorio IV en 2 de abril siguiente, y el tener el nuevo jefe de la Iglesia necesidad de acudir con preferencia á las disputas entre los latinos y los griegos, agravadas por este tiempo, y de procurar la terminacion de la guerra existente en Sicilia y en Italia entre los reyes de Francia y de Aragon, detuvo la resolucion, prolongándola hasta un tiempo indefinido. Este llegó al fin, y en mayo de 1286 fué confirmado en el obispado de Auria D. Pedro Yañez de Novoa, consagrándose en junio y haciendo su entrada en la ciudad en el siguiente julio.

Durante la lucha entre los partidarios del prelado y los de los frailes franciscanos ocurrieron hechos terribles, que demuestran la barbarie de los tiempos; y uno de ellos fué el quebrantamiento del convento de aquellos regulares. Era la noche del 24 de noviembre de 1280, y un centenar de hombres comandados por los mismos sobrinos de Yañez atacaron el asilo religioso, se apoderaron de él, acuchillaron á los habitantes y arrebataron cuanto habia; saliendo luego fuera y poniendo fuego al edificio, que se quemó casi en su totalidad. Este atentado fué el que retardó la preconizacion de D. Pedro, porque le achacaban haberse ejecutado de su orden. La causa inmediata del quebrantamiento é incendio del convento parece que fué la siguiente. Uno de los secuaces del partido de los regulares dió muerte en la calle á un pariente del chantre, retirándose inmediatamente el homicida al convento, en donde halló amparo y defensa. Los sobrinos de aquel, parientes asimismo del asesinado, pidieron la entrega del asesino, y habiéndose negado los frailes á entregarlo se consumó el hecho del quebrantamiento y del incendio. Los religiosos hacian servir á sus intereses y peticiones el mal efecto que semejante acto causó en todo el pais, y la corte de Roma se detenia en su decision ante la sospecha de que D. Pedro hubiera podido tener parte en el suceso. Yañez, sin embargo, demostró que estando él ausente y ya en la capital del orbe católico no pudo ser participante en el hecho ocurrido en Orense, y el cual habia llegado á su noticia por primera vez mucho tiempo despues de consumado. La demostracion del prelado pareció concluyente, y destruyó toda prevencion. Consagrado y posesionado ya el obispo, los padres de S. Francisco no descansaban ni se daban aun á partido, y ya que no podian molestar al prelado de otro modo, pedian al papa y al rey que obligara á los incendiarios á reedificar el convento que habian destruido. Nicolás IV, elevado á la silla de S. Pedro en 15 de febrero de 1288, y D. Sancho el IV de Castilla, que ocupaba el trono desde 1284 por muerte de su padre el rey D. Alfonso X y de su hermano mayor D. Fernando, llamado el de la *Cerda*, escucharon las reclamaciones de los inquietos religiosos, y despacharon Breves y Privilegios dirigidos á la restauracion del edificio, ordenando en ellos que sin levantar mano se construyera aquel convento. El obispo y el cabildo se oponian con teson á fabricar casa á los mendicantes, persuadidos de que estos siempre habian de ser enemigos de la autoridad episcopal y adversarios del capítulo; y por su parte acudian al pontífice y al monarca solicitando la derogacion de estos Breves y Privilegios.

Tal era el estado de la cuestion cuando el papa Bonifacio VIII, electo en 24 de diciembre de 1294, expidió letras, llamando á Roma á D. Pedro Yañez, y allí se entabló pleito formal sobre la edificacion del convento, en el cual recayó sentencia en 1307. Por esta se previno que el cabildo diera el sitio para el convento

y que el obispo le levantara á su costa. La sentencia fué mandada observar por D. Fernando IV, que habia sucedido á su padre D. Sancho en 1295. El cabildo obedeció dando el terreno; el obispo cumplió suministrando los fondos; y el convento comenzó á edificarse.

Restituido á su Iglesia el obispo Yañez de Novoa, murió al poco tiempo en 1308.

Tal es la historia de la construccion del convento de S. Francisco en Orense, cuya descripcion vamos á hacer de un modo breve. Está situado al Este de la ciudad, en un punto muy elevado cerca del cerro de Monte-alegre, y forma un gran cuadrilongo, que ocupa un terreno dilatado de mas de 1800 piés de circuito. Su fábrica es sencilla, de piedra sillar, con tres cuerpos, bajo, principal y segundo. Tiene dos claustros cuadrados, el viejo con arcos ojivos sobre columnas agrupadas, y sus bóvedas nerviosas están perfectamente trabajadas. La fachada principal mira al Norte; y en ella están la puerta de la Iglesia, que encaja en un arco abocinado de bastante mérito, y la entrada á la portería, que es un arco ojivo sencillo. Sobre los claustros habia corredores, á cuyos lados estaban las celdas; y en el ángulo de la Iglesia estaban las cátedras y la biblioteca. El templo es de gusto y de exquisito trabajo. Tiene una sola nave con columnas ojivas empotradas en el muro, desde las cuales arrancan los nervios que sostienen la bóveda; y los capiteles de las columnas agrupadas tienen caprichos originales que recuerdan el origen de la edificacion del convento. En uno de ellos hemos visto el incendio del antiguo convento: en otro una figura de obispo trabajando á las órdenes de un fraile: en otro alegorías maliciosas; y en otros figuras raras y caprichosas que acaso en su dia tuvieron su representacion. Estos capiteles están estropeadísimos y cuesta gran trabajo reconocer las formas de los objetos esculpidos. La Iglesia recibe luces por diversas ventanas situadas en los costados, entre las cuales hay dos gemelas de rara construccion, y por un roseton que está sobre la puerta y que en algun tiempo debió tener vidrios de colores. En el arco de entrada, que tambien tiene mucha labor, sin duda existe un bajo relieve alusivo á las luchas de los frailes con el prelado de la diócesis, porque se ve un fraile imponiendo á un eclesiástico; pero como á este arco le han cubierto modernamente con cal y le han blanqueado, no se distinguen bien los objetos.

Por lo que llevamos dicho conocerá el lector que el convento de S. Francisco de Orense es un monumento histórico y artístico; pero en él se han hecho tales obras con posterioridad al siglo XIV, en que se empezó, que apenas se conoce la fábrica primitiva. Solo en el arco de entrada, en la Iglesia y en uno de los claustros quedan vestigios muy notables de la antigua fábrica puramente ojival. Los agregados son de diversas épocas, y de distintos géneros de arquitectura por consiguiente; pero es tan tosco y pesado todo lo moderno, que no merece nos ocupemos de ello. Si pudieran limpiarse los capiteles de las columnas de la Iglesia y del claustro viejo, estamos seguros que proporcionarían materia para conocer el odio que los frailes de S. Francisco tuvieron al obispo D. Pedro Yañez de Novoa, porque en todos ellos se ven alegorías mas ó menos marcadas á este prelado.

Hoy el convento está sirviendo de cuartel, y se halla bastante deteriorado. Sin embargo, como su fábrica es de notable fortaleza, tiene aun largos años de vida. La Iglesia se halla bien conservada y está cuidada por exclaustros de la orden que habitaron en el convento hasta 1836.

PIO DE LA SOTA.

La deuda mas olvidada.

Pocos años há que vivia en Madrid un pobre castellano viejo, que siendo aun mozo y con regular salud, carecia del bien que mas general y seguramente disfrutan los pobres, un sueño tranquilo.

Don Alfonso Zamora dormia siempre mal: tardaba en visitar sus ojos el apetecido descanso, despertábase pronto, y le ator-

mentaba durante el sueño una pesadilla importuna. Tenia deudas Alfonso, le faltaban medios para pagarlas, y esta idea le perseguia en términos de no permitirle reposar ni una sola noche con sueño apacible y seguido.

Verse libre de deudas, pagar lo que debía, era el único deseo de Alfonso, la sola ventura que ambicionaba. «¡Cuán feliz seré (decia á cada paso) desde el instante en que no tenga acreedor á quien satisfacer! ¡Qué bien dormiré la noche que me acueste sin deudas!»

No eran muchas ni grandes las que desvelaban á D. Alfonso; mas para el pobre no hay deuda chica: deber mucho y roncar á pierna tendida es un privilegio que solamente disfrutaban los ricos. Alguno de ellos ha dicho con sobrada razon que no debe pasar inquietud el deudor que no paga, sino el acreedor que no cobra.

Ignorando Alfonso tan cómoda máxima, se afanaba de dia para cumplir sus obligaciones, y acongojábale entre la sombra nocturna, considerando que no se le lograba dejarlas cumplidas.

Los apuros de Alfonso provenian de tres causas diferentes y análogas: desgracia, vanidad y debilidad de carácter. Esta última resume las otras: la vanidad es una flaqueza; el débil siempre suele ser desgraciado.

Padeció Alfonso una grave dolencia, durante la cual consumió sus limitados recursos y se empeñó.

Crecieron sus empeños con gastos que hizo, por no ser menos que algunos camaradas suyos, mas pudientes que él.

Perdió ocasiones de remediar sus necesidades, trabajando poco y dando lugar, con su excesivo encogimiento, á que le pagaran tarde, mal ó nunca.

Era pues D. Alfonso un hombre de bien, salvos algunos pecadillos de que pocos escapan. Con deudas que trampear, ¿cómo le habian de faltar embustes de que avergonzarse? La deuda es madre de la mentira en su enlace bigamo con el deudor y el acreedor: aquel miente para probar que no puede, y este para manifestar que necesita.

De otros dos pecadillos acusaba su conciencia al insomne Zamora; pero eran tales que á muchos lectores parecerán escrúpulos necios.

Hay en cierta parte montuosa de España unas poblaciones pequeñas, donde los vecinos dan de comer por semanas á tres oficiales públicos de la villa, que son un mastin, un pastor, y el maestro de escuela. El mantenimiento del primer servidor de aquellas repúblicas, el perro para la custodia de los ganados, se determina sin objeciones en el concejo; en lo que se ha de suministrar al pastor, ya se buscan ahorros; el ajuste del maestro de niños ofrece siempre dificultades: no se repara en libra de pan mas ó menos para el mastin; para el instructor de la infancia todo parece mucho. Así cuando vaca una de estas escuelas, que se conocen con el nombre de incompletas, á falta de otro mas expresivo, el pretendiente que se contenta con menos (y regularmente suele ser el que menos vale) se lleva de seguro la plaza. Un candidato con mujer y con hijos quiso alzarse con una de estas codiciables prebendas á tiempo que Alfonso, recién emigrado del pueblo de su naturaleza, buscaba un modo de subsistir: la dotacion de la escuela, ademas de la mesa, se extendia á unas cuantas medidas de frutos, cantidad insuficiente para alimentar á la familia del primer aspirante; Alfonso ofreció servir el cargo con una rebaja de tres fanegas, y el maestro mas exigente fué pospuesto al mas comedido, segun convenia á los intereses del pueblo. Alfonso confesaba despues haber hecho dos males con tan infeliz competencia, uno al maestro, y otro á los niños, porque el derrotado competidor era mas á propósito para la enseñanza.

Moraba en aquel pueblo una jovencita de catorce abríles llamada Rosa, fresca y linda como la flor de su nombre, hija de una viuda verde y aun agria, madre severa, mujerona fornida. Pretendió á la madre un viejo rico de aquellos contornos; y la honrada dueña, mirando por su hija primero que por sí, propuso al novio que dirigiera sus pretensiones á Rosa, que, ya casadera, tal vez no hallaria nunca partido tan bueno. Convino sin ha-

cerse rogar el anciano; y la madre, omitiendo preámbulos, mandó á la niña prevenirse para la boda, poniendo buena cara al novio so pena de recibir alguna advertencia desapacible. Mas era el caso que nuestro Alfonso, el cual enseñaba á escribir á la montañesa Heloisa, había dado en mirar, con mas curiosidad que debiera, el hermoso perfil que presentaba su discípula con la pluma en la mano, su torneado cuello, su moño abultado donde se recogía en repetidos dobleces una larga y pobladísima trenza; y de ver y contemplar devotamente la perfilada imagen, había pasado á escribir para Rosa unas gallardas muestras de carácter cursivo, cuyo texto no se hallaba en ninguna de las colecciones aprobadas para uso de las escuelas; y escritas, habíaselas entregado á Rosita en secreto, y ella las guardaba no con menos cuidado. Supo el maestro por la contristada alumna el desigual consorcio que le proponían; cogieron las vueltas á la viuda, pues aunque nada lerdá no podía estar en todas partes á un tiempo; se hablaron, se juraron fé eterna; y Rosa, á pesar de no haber en su vida ni imaginado siquiera el desobedecer á su madre, prometió calabazas al novio machucho y cumplió su palabra al pié de la letra.

Tal había sido la segunda picardigüela de Alfonso, la cual produjo inmediatamente resultados funestos. Al otro día de haber declarado Rosita á su madre que se consideraba muy niña para contraer matrimonio, salía la infeliz muy temprano del pueblo, encendidos los ojos, las mejillas cárdenas, despeinado el cabello y con merma. Un deudo cercano la llevaba á servir fuera de la provincia.

Al primer domingo siguiente publicaba el cura de la parroquia la primera amonestacion de la viuda con el zarandeado Matusalén, y aquella noche misma el conductor de Rosa, asistido de varios vecinos crédulos, encajaba en la cárcel á Alfonso, después de haberle molido á palos, achacándole conato de conversacion criminal con su inocente cónyuge, mujer en efecto la mas inocente y fea de aquel partido. La madre de Rosa, arrepentida ya de haber puesto violentamente las manos en su hija, no halló consuelo hasta que el pariente consabido le ofreció discurrir un medio para zurrar de firme al seductor maestro y lanzarle de la poblacion entre los gritos de un general anatema. La viuda en vísperas de desenviudar había dado con las cartas de Alfonso á Rosita.

Alfonso tuvo en efecto que fugarse de allí con grave riesgo de su persona; sus tiernos discípulos, á instancia de la rencorosa viuda, le despidieron afectuosamente á pedradas.

El fugitivo preceptor se vino á Madrid por lo pronto, mas con decidida intencion de buscar á su Rosa por todos los ángulos de la Península. Vano propósito, porque la canta madre, luego que celebró las segundas nupcias, trajo á la niña al pueblo, donde Alfonso no podía estampar los piés. Rosa fué recibida con gran benignidad por su madre, que se obligó con formal promesa á no volver á tocarla ni en un cabello, á no ser que se rebelase cuando le mandara tomar esposo.

Y como Rosita era hermosa, y excelente criatura, tenía un novio cada tres meses; á todos les daba la misma respuesta que al viejo; y si este se descuidaba en defender á la pobre hijastra, que se había granjeado su afecto, cada novio le costaba una imposicion de manos poco apostólica.

Entre tanto Alfonso llegó á saber que Rosa vivía con su madre; escribió y no tuvo respuesta, porque sus cartas cayeron en manos de la obstinada casamentera. Pasaron meses y años, perdió Alfonso la esperanza de ver á Rosa, perdió mas adelante la memoria de su amante promesa, y por fin vino á perder el sueño como queda contado.

De nueve horas largas le disfrutaba cada noche un rico rentista que ocupaba el cuarto principal de la casa en que habitaba tambien Alfonso, altamente alojado, esto es, en el último piso. Hubo de saber los pervigilios que padecía, hubo de oír su ordinaria exclamacion «¡qué bien dormiré cuando pague todas mis deudas!» y hubo de ocurrirle el caritativo pensamiento de facilitar el reposo al atribulado deudor.

Trataba de sorprenderle con obsequio tan dulce, cuando el propio rentista fué de otra manera sorprendido por la visita que

mas debiéramos esperar y que menos prevenidos nos halla, la de la muerte.

No fué sin embargo la sorpresa tan repentina que el rico benéfico no dispusiese de una hora para testar.

Era el invadido el postrer vástago de su familia, y sin escrupulo de conciencia dejó por universal heredero á su vecino, el del alojamiento sublime.

Y hé aquí al pobre Alfonso Zamora convertido repentinamente en el respetable Sr. D. Alfonso, poseedor legítimo de unos cuantos millones, que proporcionaban á su amo anterior un sueño á prueba de cañonazos, de pronunciamientos, de gritos de suegra si acaso la tuvo.

Tomar posesion de la herencia y llamar á todos sus acreedores fué obra de pocos minutos.

Concurrieron á la cita los mas, pero no todos, y el opulento Sr. D. Alfonso no durmió por eso mejor que solia.

Buscó al día siguiente y pagó á los acreedores que le quedaban. «¡Esta noche sí que duermo como una estatua!» dijo al ocupar el mullido lecho del rentista difunto. «Ya no debo nada á nadie, por fin.»

Sin embargo, Alfonso durmió como si debiese hasta la camisa.

«Ya lo entiendo,» exclamó al levantarse. «Debo una reparacion al maestro casado, á quien dejé perdido cuando me establecí en el pueblo de Rosa. Sé dónde para, y me es fácil favorecerle.»

Cumplió Alfonso este noble propósito, descansó medianamente unos días, y siguió durmiendo lo mismo que antes.

«Pero, señor, se preguntaba incesantemente, ¿qué me falta pagar aun? ¿Qué debo yo?»

«¡Ah! sí: un rico debe un tributo de proteccion á las artes y letras.»

«Le concederé hasta donde mi renta me lo permita.»

«Debe servir por sí mismo á su patria, si no es físicamente inhábil ó imbecil.»

«Trabajaré para mi pais en mejorar su sistema de agricultura.»

Practicó Alfonso cuanto decia, y continuó desvelado siempre, siempre diciéndose: «Algo me falta que pagar, algo debo: ¿qué es?»

Pensó en Rosa por último.

«Yo le ofrecí mi mano, es verdad; pero no ha respondido á las cartas que le escribí. Voy á escribir de nuevo.»

Tampoco obtuvo contestacion.

Aburrido, malisimamente humorado, salió Alfonso á pasear una tarde fuera de puertas, oprimiendo el lomo de un caballo de estampa admirable.

Pasó varias veces del camino real á una senda, y tornó de la senda al camino real.

Y hé aquí, lectores, que en una de estas entradas ó salidas se halló Alfonso frente á frente de un asno, en el cual venia descuidadamente montado aquel impostor, consanguíneo de Rosa, que por poco no descostilla á nuestro héroe en el pueblo.

El propósito fijo del buen Zamora era satisfacer sus deudas de todo género.

En cuanto vió al pariente de Rosa, recordó la paliza insigne que habia recibido de él, y á la cual aun no habia correspondido volviéndole otra.

«Esta es la deuda que me faltaba satisfacer, prorumpió colérico; hagamos finiquito, y dormiré bien por primera vez esta noche.»

Alzó Alfonso el látigo y restituyó generosamente al labriego los golpes de antaño; pero aquella noche durmió peor que nunca.

«¿Qué deberé yo todavía?»

«Soy rico y soltero: ¿deberé casarme?»

«Tal vez. Mañana me planto en el pórtico de esa Iglesia inmediata, á la cual concurren preciosas jóvenes: voy á ver si alguna me agrada.»

Madrugó Alfonso al otro día para ir á la Iglesia.

Colocado en el pórtico, sintió un fuerte impulso de pasar mas allá.

Con todo, no se determinaba: hacia años que no frecuentaba Iglesia ninguna.

Habían tocado á la misa primera. Dos jóvenes, al parecer, señorita y criada, muy modestamente vestidas, cruzaron la calle y se acercaron al pórtico.

Miró Alfonso á la señorita, que se quedó parada por un momento, como dudando si entraria en el templo ó si retrocederia; volvió Alfonso á mirar, y con pasmo infinito conoció á su antigua discípula.

Rosa era en efecto, la misma Rosa, con menos frescura de tez que antes, pero con mas gracia en sus facciones y movimientos, convertida de zagala del valle en elegante habitadora de nuestra corte.

— ¡Rosa!

— ¡Alfonso!

— ¿Cuándo ha venido V. á Madrid?

— Hace mas de tres años.

— No la he visto á V. nunca.

— Yo á V. sí, varias veces.

— Y ¿no ha querido V. hablar á su antiguo maestro?

— El maestro ni siquiera miraba á su alumna.

— ¿Y madre?

— Enviudó otra vez y vino á establecerse en Madrid.

— Y V., Rosa, ¿está ya establecida?

— Hice una promesa en mi pueblo, y aunque me ha costado aflicciones el mantenerme fiel á ella, no la he quebrantado.

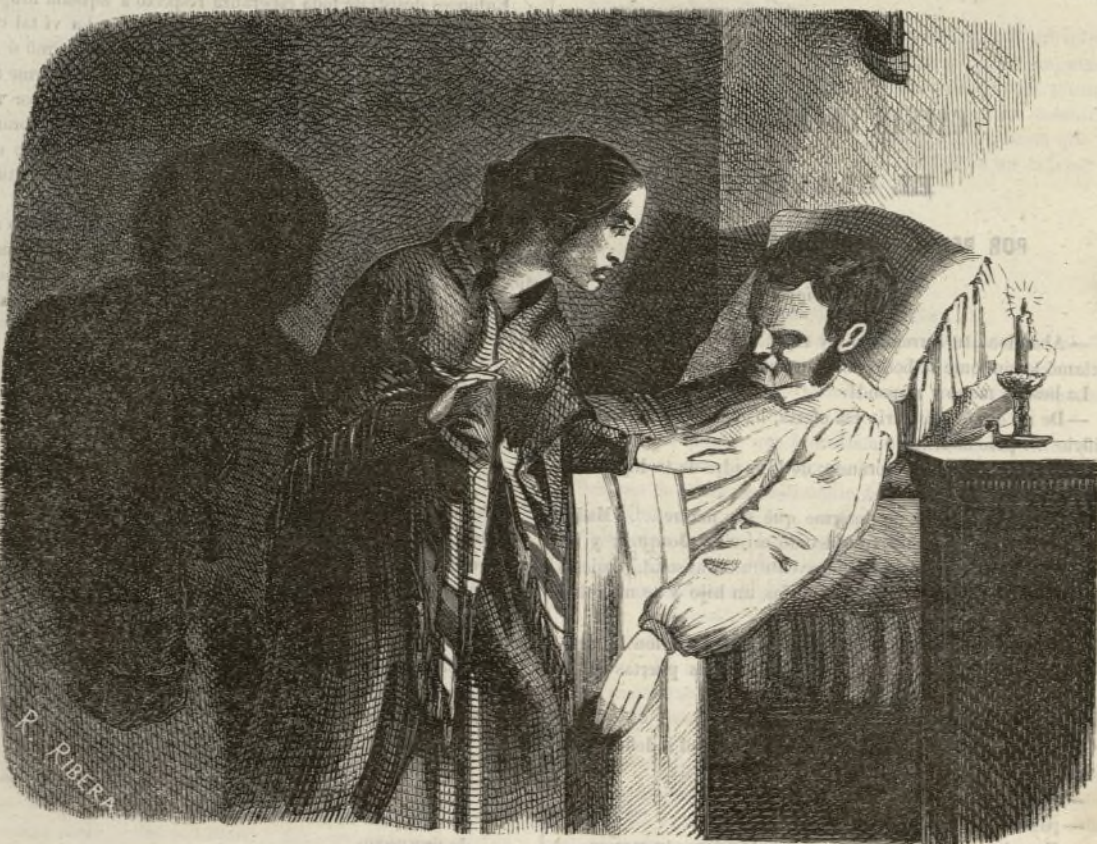
— ¡Rosa! ¡Rosa! V. será mia; yo no he podido amar sino á V.; V. sin duda no ha recibido mis cartas.

— Ahora sé que V. me haya escrito.

— Es preciso que sepa yo si su madre de V. las ha interceptado. Es necesario que satisfaga mi postrera deuda, para que descanse tranquilo. No sabe V., Rosa, con qué desasosiego vive el que fué su maestro de V. y también su primer amante, su primer amor.

— Primero sin segundo, Sr. D. Alfonso.

— ¿Es verdad, Rosa de mi vida? ¿Es posible?



¡Alfonso! gritó fuera de sí de espanto.

— Mi madre podrá informar á V. mejor de las ofertas que he rehusado. El pobre maestro de mi lugar ha sido para mí preferible á los mas ricos hacendados de mi pais.

— Ya soy rico yo, Rosa mia; tengo una gran casa, criados, caballos, aduladores, envidiosos y reputacion de talento, porque la riqueza es capacidad ó pasa por ella. Para ser feliz no me faltan mas que siete horas de sueño cada noche.

— ¿Qué le desvela á V?

— Es largo de contar. Yo he tenido muchas deudas, Rosita, me quitaba el sueño la imposibilidad de pagarlas; creo haber satisfecho cuantas he contraído, y á pesar de eso no hay noche que no sienta junto á mis oídos una voz que no cesa de repetirme: «Tú debes y no pagas, aun debes y no pagas, Alfonso.» Rosa, Rosa mia, dígnese V. aceptar esta mano que Alfonso le debe, para que pueda preguntar mañana á esa fantasma que me persigue: «¿Qué debo ya?»

Rosa levantó aquí hacía Alfonso sus ojos hermosísimos, llenos de indecible ternura; y, acentuadas con singular y casi divina expresion, fluyeron suavemente de sus rojos labios estas pocas palabras: «Alfonso, ¿ha pagado V. lo que debe á Dios?»

Inclinó Alfonso la cabeza cubriéndose con las manos el rostro, y en unos instantes no pudo hablar.

«¡Ah!» prorumpió despues, y no acertaba á proferir palabra ninguna.

En esto la campana de la Iglesia dejó oír el último toque para la misa.

Volvió Alfonso de su momentáneo trastorno y dijo á Rosa con acento agitado: «Entremos, Rosa, entremos; guíeme V.»

A la misma hora ocho dias despues el velo de los desposados envolvía en aquella iglesia la cabeza de Rosa y los hombros de su maestro.

A la madrugada siguiente, incorporada la novia en el lecho

nupcial escuchaba con gozosa curiosidad la plácida respiración de su esposo dormido.

Percibió de repente como un dulce suspiro.

Tras el suspiro se apagó la respiración, y la tierna consorte se turbó sin saber por qué.

«¡Alfonso!» dijo en voz amorosa y baja.

«¡Alfonso!» repitió ya sobresaltada echándose fuera del lecho.

«¡Alfonso!» gritó fuera de sí de espanto.

El dormido no respondía.

No respondió.

El vehemente deseo de Alfonso quedaba cumplido; pagada su última deuda, el sueño más feliz había cerrado sus párpados, el sueño de la eterna paz, recompensa del justo.

¡Bienaventuradas las vigiliias que tuvieron su término en tan envidiable descanso!

¿Por qué, aun entre pagadores puntuales, aquella deuda, tan preferible á todas, habrá de ser la sola desatendida, la sola olvidada?

J. E. HARTZENBUSCH.

CAUSAS CELEBRES.

EL CLAVO,

POR PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

(Continuacion.)

—Abandona tu carrera; yo soy rica.... viviremos juntos.... exclamó tapándome la boca para que no replicara.

La besé la mano y respondí:

—De mi esposa aceptaría esa oferta, haciendo todavía un sacrificio.... pero de tí....

—¿De mí? respondió llorando; de la madre de tu hijo!

—¿Quién? ¡tú! Blanca....

—Sí.... Dios acaba de decirme que soy madre.... ¡Madre por vez primera! Tú has completado mi vida, Joaquín; y no bien gusto la fruición de esta bienaventuranza absoluta, quieres desgajar el árbol de mi dicha. Me das un hijo y te me robas tú....

—Sé mi esposa, Blanca, fué mi única contestación. Labremos la felicidad de ese ángel que llama á las puertas de la vida.

Blanca permaneció mucho tiempo silenciosa.

Luego levantó la cabeza con una tranquilidad indefinible, y murmuró

—Seré tu esposa.

—¡Gracias! ¡Gracias, Blanca mía!

—Escucha, dijo ella. No quiero que abandones tu carrera....

—¡Ah! ¡mujer sublime!

—Vete á tu juzgado.... ¿Cuánto tiempo tardarás en arreglar allí tus negocios, en solicitar del gobierno más licencia y volver á Sevilla?

—Un mes.

—Un mes.... repuso Blanca. Bien, aquí te espero. Vuelve dentro de un mes, y seré tu esposa. Hoy somos 15 de abril.... ¡El 15 de mayo sin falta!....

—¡Sin falta!

—¿Me lo juras?

—Te lo juro.

—Aun otra vez, replicó Blanca.

—Te lo juro.

—¿Me amas?

—Sí.

—Pues vete y vuelve. Adios.

Dijo y me suplicó con un gesto que la dejara. Despedíme de ella, y partí á ***.

III.

Llegué á ***.

Preparé mi casa para recibir á mi esposa; solicité y obtuve otro mes de licencia, prestando que debía tomar los baños, y arreglé todos mis asuntos con tal eficacia, que al cabo de quince días me ví en actitud de volver á Sevilla.

Debo advertirte que durante aquel medio mes no recibí una sola carta de Blanca, á pesar de haberle yo escrito cuatro. Esta circunstancia me tenía vivamente contrariado; así, pues, aunque solo había transcurrido la mitad del plazo que mi amada me concediera, salí para Sevilla, á donde llegué el día 30 de abril.

Inmediatamente me dirigí á la fonda en que vivíamos mi prometida y yo.

Blanca había desaparecido dos días después de mi partida, sin dejar razón del punto á que se encaminaba.

Conceptúa la enormidad de aquel desengaño.

Indagué, la busqué por toda la ciudad, y no pude dar con ella.

Entonces desistí de toda esperanza respecto á aquella mujer; aparecióseme revestida de los más negros colores: La ví tal como debía ser; una mujer liviana é hipócrita, que me amó ó no me amó; pero que, presintiendo que había de abandonarme algún día, rechazaba toda idea de matrimonio. Ostigada por mí últimamente, había ejecutado una torpe comedia para librarse de mi serio amor. Aquel hijo anunciado con tanto júbilo era quizás una nueva farsa. ¡Oh! ¡Cuánta doblez en una criatura tan bella!

Volvíme á ***; donde estuve algún tiempo desempeñando mi fiscalía hasta que fui promovido á este juzgado hace año y medio. Desde entonces vivo aquí, como me ves, triste, fastidiado, amando quizás á aquella ingrata, ó aborreciéndola, que es lo mismo....

¿Comprendes ahora mi oposición al matrimonio?

VII.

¡ANDA! ¡ANDA! ¡ANDA!

—¿Y EL CLAVO? dirá el lector.

¿Por qué se titula esta historia EL CLAVO?

¿Qué relación hay entre los seis capítulos publicados y una causa célebre.

¿Por qué se engaña así al público anunciándole....

—¡Un momento más, lector querido! ¡Un momento más de paciencia!

Si el capítulo siguiente no excita tu interés, te autorizo para que nos abandones á mí y á mi historia, calificándonos de todo lo malo que se te ocurra:

de empresarios de teatro,

de ministros responsables,

de padres predicadores,

de abogados de los tribunales nacionales,

de prospectos,

de anuncios,

de mujeres,

de programas de candidato,

de patronas de huéspedes,

en fin, de todo lo que quieras y creas oportuno para significar que te hemos prometido más de lo que te hemos dado.

VIII.

EL CUERPO DEL DELITO.

Poco tiempo después de terminar mi amigo Zarco la relación de sus amores llegamos al cementerio....

IX.

INTERRUPCION.

¡Qué tierno espectáculo ofrecen los sepulcros á los ojos de la religión la tarde del primero de noviembre!

Convenido.

Pero prescindamos por un momento del purgatorio.

¡Qué irrisión hay á los ojos de la filosofía en esa visita que los vivos hacen á los muertos!

¡Los que son compadecen á los que han sido!

La ilusión de la vida se coloca ante la realidad de la muerte.

Figuraos que estamos no ya en ..., sino en Madrid.

—¿Dónde va esta tarde la gente, fulanito?

—A los cementerios.

—Mamá, yo quiero ir.... —Me pondré mi vestido de gró negro. —Fulanito, ¿estoy bien peinada?

Hé aquí la tarde en que las castañeras hacen su negocio.

¡Qué alegres están los bolleros!

Yo gusto de ver comer á los vivos en el campo santo.

Cuando los reyes madrileños visitan el Escorial oyen una misa á media noche: véseles tristes y sombríos.... Allí está la tumba hueca, con hambre de una víctima....

¡Los simples madrileños van al cementerio de Fuencarral (por ejemplo) á procurarse un cólico de castañas!....

Y aquella tarde ¡allí se crean proyectos para el año próximo.

Los frívolos mortales dan vueltas al rededor de su patíbulo, sin recordar que están sentenciados.

—Mire V., papá, á los diez y ocho años.... ¡pobre jóven!

Yo gusto de una mujer inclinada sobre una tumba, llorando delante de Madrid entero, máxime si esta mujer ha pasado el año de salón en salón, de teatro en teatro, de *Capellanes* en *Oriente*, de Rodolfo en Rodolfo!

¡Cáspita! ¡Qué socorrida es la filosofía!

—¡Hola! ¡Aquí yace el *Excelentísimo Sr. D.... Muerto!*

Adios, señores, hasta el año que viene, ó hasta el año que venga.

¿Me hace V. el favor del fuego?

Mi... i... ra, ó nor... or... má..., ... á tuuuii... ginoooo... cchi ques... ti ca... ari... i... pargole... eti

0017 X.0838

EL CUERPO DEL DELITO. — CONTINUACION.

El cementerio de ... no es otra cosa que un campo yermo y solitario, sembrado de cruces de madera y rodeado por una tapia. Ni una lápida, ni un sepulcro turba la monotonía de aquella mansión. Allí descansan en la fría tierra pobres y ricos, grandes y plebeyos nivelados por la muerte.

En estos pobres cementerios, que tanto abundan en España, y que son acaso los mas poéticos y dignos de sus moradores, sucede con frecuencia que para dar sepultura á un cuerpo es menester exhumar otro, ó mejor dicho, que cada dos años se echa una nueva capa de muertos sobre la tierra. Consiste esto en la pequeñez del recinto, y da por resultado que al rededor de cada nueva zanja se ven mil blancos despojos, que de tiempo en tiempo son conducidos al comun osario.

Y esto es tan positivo y tan corriente, que hemos visto mas de una vez estos osarios.... Y ¡vive Dios que merecen verse! Figuraos una montaña de huesos, una montaña de multiforme marfil, un hacinamiento de cráneos, fémures, homóplatos, canillas escueltas, clavículas rotas, columnas espinales desgranadas, dientes sembrados acá y allá, costillas que fueron armaduras de corazones, dedos diseminados partidos en falanges, todo pulcro, todo frío, todo revuelto, todo árido. ¡Figuraos, figuraos aquello! ¡Qué contactos! ¡Qué contactos! Los enemigos, los rivales, los esposos, los padres y los hijos se golpean allí unos á otros.... ¡Y qué crujidos, cuando se desprende de la cima una avalancha de huesos! ¡Y qué risa tan insultante tienen las calaveras!

Pero dejemos el osario y volvamos al enterramiento.

Andábamos Joaquín y yo dando sacrilegamente con el pié á aquellos restos inanimados, pensando en el día en que otros pies hollarían los nuestros; atribuyendo á cada hueso una historia; procurando hallar el secreto de la vida en aquellos cráneos

donde acaso moró el genio ó donde bramó la pasión, y ya vacíos como una celda abandonada por un fraile; adivinando otras veces por la configuración, por la dureza y por la dentadura si tal calavera perteneció á una mujer, á un niño ó á un anciano, cuando las miradas del juez quedaron fijas, horriblemente fijas en una de aquellas frentes de marfil.

—¿Qué es esto? exclamó poniéndose muy pálido: ¿qué es esto, amigo mio?

Y así hablando, daba vueltas con el baston á un cráneo todavía algo fresco, y que conservaba algunos restos de una larga melena negra.

Yo me quedé estupefacto.

Aquella calavera estaba atravesada por un largo *clavo* de hierro.

La chata cabeza de este clavo asomaba por la parte superior del hueso coronal, mientras la punta salía por el sitio que antes debió ser bóveda de la boca, ó sea por los huesos palatinos. Un frío horror nos quitó el uso de la palabra.

Luego que Zarco se repuso:

—¡Dios mio! exclamó; reconozco como siempre tu providencia. Hé aquí un espantoso crimen que iba á quedar impune y que tú haces brotar del seno de la tierra ante los ojos mismos de la ley. ¿Quién sería este desdichado? ¡Ah! yo juro desentrañar este misterio tenebroso. ¡Yo juro no descansar hasta que el autor de tan execrable delito, expie su maldad en un cadalso!

XI.

PRIMERAS DILIGENCIAS.

Mi amigo Zarco era un modelo de jueces.

Recto, infatigable, aficionado, por decirlo así, á la administración de justicia, vió en aquel asunto un campo vastísimo en que emplear toda su inteligencia, todo su celo, todos sus afanes.

Creo inútil decirlo que inmediatamente hizo buscar un escribano y dió principio al proceso.

Después de poner un testimonio de aquel encuentro, llamóse al enterrador.

El lúgubre personaje se presentó ante la ley pálido y tembloroso; porque á la verdad, entre aquellos dos hombres, cualquier escena debía ser horrible.

EL JUEZ. ¿De quién podrán ser estos restos?

EL SEPULTURERO. ¿Dónde los ha encontrado V. S.?

EL JUEZ. En ese mismo sitio.

EL SEPULTURERO. Pues entonces pertenecen á un cadáver que por estar ya pasado desenterré ayer, para sepultar á una anciana.

EL JUEZ. Y ¿por qué se ha exhumado ese cadáver?

EL SEPULTURERO. Ya lo he dicho á V. S.; para poner otro en su lugar. El ayuntamiento no quiere convencerse de que este panteón es muy pequeño.

EL JUEZ. Y ¿podrá saberse el nombre del mortal que llevó esa cabeza?

EL SEPULTURERO. De ningún modo, señor.

EL JUEZ. Sin embargo, ello ha de ser. Reflexionadlo.

EL SEPULTURERO. Encuentro un medio.

EL JUEZ. Decidlo.

EL SEPULTURERO. La caja de este muerto se hallaba en buen estado cuando la saqué de la tierra, y me la llevé á mi habitación para aprovechar algunas tablas. Acaso conserven alguna señal, como iniciales, galones, ó tantas otras cosas como se estilan ahora para adornar los ataúdes.

EL JUEZ. Veamos esas tablas.

Mientras el sepulturero apartaba los despojos del ataúd, Zarco mandó á un alguacil que envolviese el cráneo misterioso en un pañuelo, á fin de llevárselo á su casa.

El enterrador llegó con las tablas.

(Continuará.)

